

*Las voces de la otredad en Doña Inés contra el olvido:*

*Una mirada en la vida de los esclavos de las costas de Barlovento.*

Por  
Sonia Valle  
Tulane University

*Prepared for delive  
at the 2003 meeting of the Latin American Studies Association,  
Dallas, Texas, March 27-29, 2003.*

La pluma de la escritora venezolana, Ana Teresa Torres<sup>i</sup>, nos muestra en las páginas de su novela Doña Inés contra el olvido (1992) un viaje a través de la historia de Venezuela, comenzando con la época colonial y cacaotera del siglo dieciocho y terminando en el año de 1985, en pleno auge de la democracia venezolana iniciada por el presidente Rómulo Betancourt. A lo largo de sus 239 páginas, la voz narrativa de Doña Inés Villegas y Solórzano nos transporta por diferentes épocas y regímenes del acontecer político venezolano, a la vez que nos relata capítulo tras capítulo, los pormenores de los numerosos litigios llevados a cabo por su familia, los Martínez Villegas, dueños de la hacienda La Trinidad ubicada en los valles de Curiepe, en contra de los reclamos presentados ante la Corona española por el negro liberto Juan del Rosario, quien alegaba haber heredado dichos terrenos de su patrón don Alejandro Martínez de Villegas para fundar ahí su propia hacienda. Estos litigios fueron a su vez acompañados por numerosos escritos, memoriales, cartas, viajes, audiencias y Reales Cédulas que se otorgaban algunas veces a favor, y otras en contra, de los negros libertos y conuqueros que habitaban la zona cacaotera de los valles de Curiepe.<sup>ii</sup> La voz narradora de la dama mantuana se dirige al lector desde más allá de la muerte, espacio privilegiado e infinito, desde donde vigila no sólo el acontecer de las generaciones futuras de su estirpe, sino además, el devenir accidentado de sus tierras y patrimonio familiar. Pese a su condición de mujer mantuana sin derecho a la instrucción y carente de voz y de derechos de propiedad, doña Inés Villegas se empeña en buscar a lo largo de la novela, los títulos de las tierras heredados de su padre que establezcan y legitimen a su familia, los Villegas Martínez como dueños absolutos de las tierras del Valle de Curiepe.

En las últimas páginas de la novela Doña Inés contra el olvido asistimos al cierre de un negocio ilícito de tierras entre dos viejos adversarios: Francisco Villaverde, heredero de la antigua hacienda La Trinidad ubicada en El Valle de Curiepe y José Tomás, concejal negro de esta zona quien ha reclamado sin éxito alguno, estas mismas tierras como ejidos para su municipalidad ante los diferentes organismos gubernamentales. Después de idas y venidas, los dos hombres llegan a un acuerdo y se comprometen en darle luz verde a una compañía de construcción para que lleve a cabo el desarrollo de una urbanización turística de lujo en tierras barloventeñas, por medio de lo cual ambos personajes se van a beneficiar económicamente. Y cito:

“Y habían hablado, tanteándose, temerosos cada cual de no dar un paso en falso, de no ofrecer más de lo necesario, de no pedir más de lo posible. Habían hablado hasta llegar a un punto de comprensión, en el filo del cuchillo, hasta encontrar ese punto que los uniera, hasta ese punto exacto en que Francisco pudo convencer a José Tomás de participar como socio, bien que minoritario, y José Tomás pudo convencer al consejo de que desarrollar nuevas fuentes de trabajo sería un beneficio, sobre todo mayoritario” (Torres, 233).

Esta negociación ilícita que resulta en ganancia individual para ambas partes, se lleva a cabo pese a los derechos y reclamos legítimos que los moradores negros de la zona barloventeña han venido pleiteando desde los años de la colonia, es decir; el derecho a la propiedad de la tierra que tanto ellos como sus antepasados han trabajado y cultivado durante siglos. Al pactar con la empresa constructora y con el ingeniero Villaverde, el concejal barloventeño traiciona las esperanzas de los viejos pobladores y conuqueros de

su municipio, alegando que “en una democracia lo que hay que pensar es en el beneficio de la mayoría” (Torres, 235), porque según él, “no se puede estar con el pensamiento de luchar y matarse únicamente por la tierra ya que la nueva fuente de riqueza proviene de otras industrias, como la turística”. Y añade, cito:

“Hoy en día Barlovento es una zona turística de gran importancia, la delincuencia no nos conviene, la gente que viene a las playas no quiere que la estén asaltando, hay muchos que han vendido sus casas de temporada porque se las robaban a cada rato; entonces, lo que hay que asegurarse es trabajo digno y tranquilidad” (235).

Tranquilidad en especial para la compañía de construcción y sus inversionistas quienes cuentan con el respaldo del poder político municipal de Barlovento en la persona del concejal, para invadir los terrenos y comenzar la limpieza de los mismos con sus tractores y maquinarias de construcción..

Dichas usurpaciones y engaños se han venido practicando desde el siglo dieciocho, momento en el cual Venezuela basaba gran parte de su riqueza en la producción del cacao. Para este fin, existían las grandes haciendas cacaoteras propiedad de mantuanos adinerados que necesitaban de la mano de obra esclava para la explotación de dicho fruto. En su libro titulado Miguel Guacamaya, Capitán de Cimarrones, el escritor Jesús Blanco Sojo, nos explica que para la Corona española, los valles de Barlovento se convirtieron en un espacio de gran significación económica y geopolítica debido a sus excelentes condiciones agroecológicas para el cultivo del cacao. Estos valles estaban circundados de extensas costas y ríos aptos para la navegación lo cual posibilitaba el transporte de este rubro en el mercado internacional. Sin embargo, el florecimiento de las haciendas de cacao no hubiera sido posible sin la explotación de la

mano de obra esclava de origen africano, traída a las costas orientales de Venezuela (Blanco Sojo,19).

En este sentido, nuestro trabajo se propone explorar algunos de los silencios de la voz narrativa de la novela de Ana Teresa Torres, es decir, esos textos que hacen referencia a los esclavos y esclavas de origen africano. Doña Inés Villegas y Solórzano rememora la historia de su familia desde una perspectiva clasista y colonialista y aunque es cierto que su discurso privilegia repetidas veces, la vida de aquellos seres marginados por la historia tradicional, que al igual que ella, carecen de poder y de voz oficial, su palabra se torna en muchas ocasiones descriptiva y narrativa sin lograr entablar diálogos directos o personales con la otredad. La escuchamos en ocasiones, dirigirse a su negro liberto, Juan del Rosario, con voz de mando, a menudo, para amonestarlo reafirmando así su condición y poder económico; y en otras, para hablarle de sus enojos y frustraciones al ver cómo los gobernantes de turno usurpan y explotan a su antojo, las tierras reclamadas por ambos. Sin embargo en ningún momento oímos la voz ni la respuesta de su antiguo rival. Somos testigos a la vez, de algunos sucesos importantes en la vida de la fiel esclava Daría y en la de su hermana Juana Solórzano, al igual que de los actos de violencia perpetrados por el cimarrón Ceferino, pero no somos partícipes del sonido de sus voces y desconocemos la interioridad de sus sentimientos o pensamientos. En otras palabras, el mundo interior y psicológico de la mujer y del hombre esclavos permanecen ausentes. La historia del negro esclavo de origen africano traído a las costas de Barlovento y la de sus descendientes continúa siendo contada desde la visión de los vencederos y no desde la de los vencidos. Es por esta razón, que necesitamos hurgar más

dentro de este espacio negado por la historicidad, el espacio del esclavizaje visto desde la experiencia del dolor y del trauma.

Por lo tanto, nuestro propósito está en trasladarnos un poco más hacia ese otro lado de la historia, esa historia vivida desde el encierro y la limitación para exponer desde allí, algunas de las experiencias que formaban parte de la vida de la mujer negra esclava, así como de las estrategias de resistencia vividas por los esclavos cimarrones que optaban por abandonar una vida de dominio y de encierro.

En su libro Africanas, Esclavas y Cimarronas, Jesús “Chucho” García nos explica que la mujer negra esclava capturada en las costas de Africa sufría los mismos rigores de la travesía atlántica que sus congéneres del sexo opuesto. Las condiciones de insalubridad y hacinamiento al igual que los maltratos físicos, morales y sexuales practicados por los capitanes y la tripulación de los barcos negreros resultaban en el desmejoramiento de su persona y de su físico y en tal sentido, al pisar suelo americano, muchas de ellas eran llevadas a las llamadas Casas de Engorde donde se las restablecía para luego ser vendidas a precios más elevados (40). Estas Casas de Engorde también tenían la función de “criadero” ya que en ellas, las esclavas negras cumplían con el papel de reproducción de la especie (37). En Cuba se le daba el nombre de “criolleros” al lugar dentro del ingenio destinado al cuidado y mantenimiento de los niños esclavos cuyas madres trabajaban dieciséis y más horas en la hacienda azucarera. A su vez, estos pequeños quedaban a cargo de alguna vieja esclava no apta para la reproducción a quien se le daba el nombre de “mamá criollera.” En ocasiones estos niños esclavos llamados “criollitos” eran separados de los brazos de sus madres para ser vendidos en diferentes

unidades de producción (50). En opinión de Jesús García, la mujer esclava comenzó a ser demandada en mayores números en el Libre Comercio de esclavos del año 1789, debido a que ella representaba para el hacendado no sólo una herramienta de trabajo en las haciendas de cacao, sino también una invaluable fuente de producción de mano de obra esclava con lo cual el hacendado se ahorraba la compra de esclavos cuyos precios habían aumentado en la fase tardía de la Trata (39).

En su libro Africa en América Latina, Manuel Moreno Fragnals nos dice que en el caso de las plantaciones en Cuba las negras esclavas no respondieron como se esperaba a tales expectativas de natalidad ya que los altos índices de mortalidad infantil y las numerosas muertes por parto disminuyeron las posibilidades de un incremento natural en la población esclava (19). Por otra parte, la baja fecundidad que presentaban las esclavas era provocada no sólo por el fuerte régimen de trabajo esclavista sino también, por el resultado de prácticas abortivas a las que ellas se sometían para evitar engendrar más hijos esclavos (23). Estos controles de natalidad auto impuestos por parte de las mujeres esclavas pueden ser interpretados desde una perspectiva moderna, como actos de resistencia femenina contra el sistema esclavista. Según nos explica Fragnals, “las pócimas preparadas con el fruto y las hojas de la papaya (*Carica papaya*) fueron tan abusadas en la zona esclavista del occidente de Cuba, por ejemplo, que el término papaya se tornó en sinónimo de vulva” (24). Según la investigación efectuada por Fragnals, estas prácticas abortivas resultaron en un alto porcentaje de enfermedades uterinas y posiblemente contribuyeron a mantener bajos índices de fecundidad como se indica en algunos inventarios de las plantaciones cubanas (24).

Los historiadores argumentan que la grave desproporción de hombres y mujeres esclavos en las plantaciones creó un tenso clímax de represión y una obsesión sexual que encontraría su medio de desahogo a través de expresiones culturales como cuentos, juegos, cantos, y bailes. Friginals opina que la esclavitud distorsionó la vida sexual del esclavo y los racistas justificaron estas distorsiones inventando el mito de la sexualidad sádica del negro, la inmoralidad de la negra y la lujuria de la mulata (21). Estos mitos entraron desde ese entonces, dentro del imaginario cultural de las elites latinoamericanas y hoy en día, continúan perpetuándose por medio de expresiones artísticas como la música, el baile, el teatro y la literatura. Además, las uniones basadas en relaciones sexuales entre parejas de esclavos eran a menudo inestables y fugaces debido a que la familia podía ser disuelta al instante por la decisión unilateral del amo, de vender, ceder, traspasar o trasladar a cualquiera de los integrantes de dicha unión (23). Marlene Lara y Shirley Tenorio afirman en su artículo titulado “ Las Cimarronas”, que la “destrucción de la familia africana constituyó uno de los mecanismos más bárbaros de la esclavitud ” (22). Según ellas, la mujer africana ejerció no sólo, el papel de “madre postiza” y natural para el hijo del blanco”, sino además, “el de padre y madre para sus propios hijos, procreados en el marco de la reproducción forzosa motivada por la compra y venta de esclavos” (22).

Sobre este punto, podemos ver en la novela Doña Inés contra el olvido, como la esclava Daría, quien ha perdido a sus hijos recién nacidos, llega a la hacienda La Trinidad para que la hija del propietario aproveche la leche de sus senos (Torres, 56). La trama de la novela no explica cómo mueren sus hijos, sólo sabemos que la negra Daría cuida y le canta a su hija postiza la canción negra de “Malembe” cada vez que acerca su seno para



amamantar a la niña Isabel Francisca María de la Purificación (56). La negra esclava es descrita desde la mirada del propietario comprador quien la observa como herramienta de trabajo y la define de la siguiente manera: “Daría, propiedad de Don Francisco Martínez de Villegas, nacida en la hacienda la Trinidad, vecindad de Curiepe, negra tinta, de unos veinte años, de buena naturaleza, dentadura completa, vientre fértil” (56).

No sólo era la mujer esclava explotada como fuerza de trabajo, sino que a menudo era violada sexualmente por parte del amo o del mayordomo de la hacienda. En muchas ocasiones, este abuso sexual era tolerado por la esclava con la esperanza de conseguir con ello su libertad (García, 51). En la novela de Torres, el amo y patrón don Alejandro Martínez Villegas tiene relaciones sexuales con una de sus esclavas con la cual procrea a su hijo bastardo, Juan del Rosario. Esta joven esclava, cuyo nombre desconocemos, pasa a convertirse en el objeto de placer sexual del amo de la casa y en paje obligado de la patrona. La joven responde a su vez, con atenciones hacia su amo ya que es la encargada de servirle las tisanas y la responsable de ponerle las cataplasmas y de sobarle la descompostura de su mano torcida en una caída de caballo. Para doña Inés, esta esclava amante de su esposo, es tan sólo “una negra esclava floja y falta de respeto” la cual acostumbra encerrar bajo llave para evitar su escape de la hacienda (Torres, 14). Sin embargo, es por medio de esta negociación sexual que la esclava consigue la libertad de su hijo bastardo, ya que desde el principio de la novela, sabemos que Juan del Rosario Villegas, es un negro liberto al cual su padre le otorga en herencia, una extensión de tierra baldía en los valles de Curiepe.

Juan del Rosario era el hijo natural de Don Juan o de Don Alejandro Blanco de Villegas y además, capitán de la Compañía de Morenos Libres de Caracas, cargo que le

permitía defender las costas de Barlovento contra los piratas extranjeros y el contrabando. Este negro liberto solicitó ante los Reyes de España Felipe Quinto y Carlos Tercero, el derecho de poblar el sitio de la Sabana de Oro y de la Ensenada de Higuerote para fundar allí el primer pueblo de morenos libres. En su libro Curiepe: orígenes históricos, el investigador Lucas Guillermo Castillo Lara<sup>iii</sup> nos relata que el capitán Juan del Rosario, primer fundador de Curiepe, “aspiraba a reunir y juntar en su población a todos los morenos libres de la Provincia, no sólo criollos, sino los venidos de las Islas Antillanas y posesiones extranjeras, en especial los refugiados en Curazao. Este Capitán fundador “visualizaba el asiento de una gran comunidad negra, regida y ordenada bajo las leyes y autoridades españolas, con sus Justicias y Cabildo elegido entre la misma gente de color”(60). No obstante, a pesar de la quema de sembríos y de los desalojos ordenados por la viuda Villegas y de los prolongados litigios de parte y parte, la zona de Curiepe siguió siendo poblada por los descendientes de los primeros pobladores negros de esta costa oriental.

La explotación de la esclava negra en la Venezuela colonial se ubicaba tanto en el trabajo doméstico como en el trabajo de las haciendas cacaoteras. En su libro, La diáspora de los Kongos en las Américas y los Caribes, Jesús García indica que las esclavas que llegaban a los puertos de Barlovento, Santa Marta, Cumaná y Maracaibo se vendían a razón de trescientos pesos cada una (qtd. in García, 29). En las haciendas de cacao se le asignaban tanto al esclavo como a la esclava mil matas de cacao para hacerles los trabajos que iban desde la limpieza hasta la recolección de la cosecha, además del trabajo de secado en el patio y el de fermentación. El llamado instructivo de las haciendas de cacao imponía limitaciones y restricciones a las actividades y a los

desplazamientos de los negros esclavos. En el se especificaba que “ningún esclavo o esclava podía salir del repartimiento, y una vez terminado el trabajo en la hacienda, tenía la obligación de regresar a su conuco para trabajar la tierra donde debía producir y cosechar yuca, maíz, frijoles negros, ñames, y batatas entre otros, no sólo para alimentarse sino además para venderlos y de esta manera, costearse el vestido” (García, 46). Por otra parte, a los esclavos les era prohibido salir de sus casas y por esa razón se les encerraba con puertas y barras “a manera de enrejado” para evitar las huidas. A ninguno de ellos se les permitía portar lanzas, puñales ni ningún otro tipo de arma blanca y sólo podían salir del repartimiento con papel de licencia firmado por el mayordomo o por el propietario de la hacienda (46).

Sin embargo, a pesar de todas las restricciones impuestas por las leyes y los instructivos de la época, la geografía de los valles de Barlovento facilitó el desarrollo de los movimientos de rebelión y de resistencia esclava ya que los negros cimarrones podían escaparse y penetrar las “tupidas selvas y montañas y encontrar refugio y amparo en esta intrincada topografía” (Blanco, 22). En su artículo “Afroamericanos: presencia y expansión”, Nicomedes Santacruz nos dice que inicialmente, el término cimarrón se aplicó al ganado doméstico que se escapaba a las montañas en la Isla Española. Luego, los colonizadores llamaron cimarrones a los indígenas taínos que huían de las encomiendas; y ya para el año 1530, se había comenzado a llamar así a los negros prófugos que huían de las plantaciones y se refugiaban en el monte. Los nombres de palenque, cumbés, quilombos, mocambos o mambises fueron los nombres aplicados a las ciudadelas fortificadas y de difícil acceso construidas por los cimarrones para su refugio y defensa (4). Estos palenques o cumbés se convirtieron a su vez, en centros

organizadores de lucha contra el sistema esclavista ya que en ellos, los “cimarrones recrearon modalidades militares, económicas, política y culturales de rasgos afroamericanos” (Blanco, 25). En su artículo “Africa en América: tambores y gritos de libertad”, Osvaldo León propone la idea de que estos cumbés fueron “los primeros territorios libres de América donde se constituyeron gobiernos autónomos por medio de los cuales los negros pudieron rescatar y desarrollar sus costumbres y sus valores culturales y religiosos” (1). En la región barloventeña, en específico, el esclavo cimarrón trabajó el conuco como unidad productiva para su subsistencia debido a que el cultivo del conuco dependía solamente de la energía humana y de los fenómenos atmosféricos (44). En la actividad conuquera trabajaban tanto el hombre como la mujer de manera comunal o individual y complementaban su economía, basada en el cultivo de granos y de plantas medicinales, con la caza y la pesca y con “las incursiones y asaltos llevados a cabo en las haciendas vecinas para el aprovisionamiento de alimentos” (46).

En Venezuela, la conformación de sociedades cimarronas en la zona de Barlovento estuvo asociada en forma directa al desarrollo de numerosas sublevaciones, que en mayor o menor medida, amenazaron la estabilidad de la producción cacaotera, ya fuera por medio de la apropiación de los productos de las haciendas o por las constantes fugas de la mano de obra esclava (Blanco, 25). Las propuestas libertarias de los negros avasallados en los valles de Barlovento van a coincidir con las rebeliones que tuvieron lugar en el Caribe y el resto de América Latina. Entre algunos de los movimientos coetáneos con los barloventes tenemos a la rebelión bahiana de Brazil en 1798; las rebeliones del Río de la Plata y los comuneros del Socorro dirigidos por José Antonio Galán en Colombia; las guerras cimarronas llevadas a cabo por los hombres de Nanny, la

líder y heroína nacional de Jamaica; y las sublevaciones de Boukman, Makandal y Toussaint l'Ouverture en la isla de Haití (21). Entre algunos de los famosos cimarrones en Venezuela se destacan los nombres del negro Miguel en Barquisimeto (1555), el negro Andresote en Puerto Cabello y Tucacas (1732), José Leonardo Chirinos en Coro (1795), Francisco Pirela en Maracaibo (1779), Guillermo Rivas en Taguasa (1769), y Miguel Gerónimo alias “guacamaya” en Barlovento (1794) (Santacruz, 5).

En repetidas ocasiones, estas rebeliones y fugas de cimarrones en Barlovento van a ser reprimidas por el brazo armado del Real Consulado de Caracas, el cual se encargaría de implementar el llamado sistema de patrullas - operativos destinados a exterminar a los alzados - para así dismantelar la fuerza cimarrona y a su vez restablecer el poder económico de la elite cacaotera (Blanco, 32). En el área del Caribe y las Antillas se les dio el nombre de rancheadores o arranchadores a los mercenarios contratados para eliminar a los negros cimarrones. Era costumbre por parte de ellos, mostrar las orejas del esclavo muerto para así poder cobrar el dinero de su cacería humana (Santacruz, 5). Sin embargo, ni los castigos, ni las torturas, ni las mutilaciones, ni la amenaza de la horca o del descuartizamiento pudieron acabar con las prácticas de cimarronaje llevadas a cabo por los esclavos americanos en busca de libertad. En algunos casos, las autoridades coloniales se vieron obligadas a pactar con los jefes o reyes cimarrones y terminaban por reconocer la soberanía de ciertos palenques o, por lo menos, conceder la libertad a los negros apalencados (Santacruz, 5).

Las mujeres negras esclavas también desarrollaron diversas formas de resistencia tanto en el contexto urbano como en el rural para luchar contra las injusticias del sistema esclavista. Algunas rechazan alimento y se dejaban morir para evitar ser sometidas a la

esclavitud, otras recurrían al aborto voluntario para evitar engendrar familia de esclavos, unas cuantas hacían su trabajo demasiado lento para lograr ser descalificadas como domésticas, y otras llegaban a envenenar a sus amos. Sin embargo, muchas se escapaban de las haciendas para buscar refugio en los cumbés y empezar allí una vida en libertad (Lara y Tenorio, 22). Por otra parte, en las haciendas de cacao, también se podía encontrar a la mujer negra que expropiaba las “fanegas de cacao para venderlas clandestinamente a los contrabandistas”(García, 64) con lo cual amasaba el dinero suficiente para luego comprar su libertad. Según las observaciones de Jesús García, el cimarronaje femenino tenía entre sus objetivos: “la búsqueda de un lugar donde la mujer recobrar su hermosura corporal y espiritual descuartizada por el látigo y el trabajo forzoso en las haciendas y las plantaciones”(65); la recuperación de su derecho a hacer el amor en libertad con el hombre de su escogencia, y la posibilidad de forjar una familia y educar a sus hijos según sus propios valores y costumbres.

No hay que olvidar que el sistema esclavista se apoyaba en las leyes eclesiásticas promulgadas por el Tribunal de la Santa Inquisición, las cuales impedían el amor entre esclavos que no estuvieran casados y en otras, obligaba a los esclavos a no casarse o a casarse en contra de su voluntad so pena de castigo o maltratos. Estos matrimonios forzados aseguraban no sólo la propiedad del hacendado, sino que cumplían además con el objetivo reproductivo de la hacienda (70-71).

Dentro de los diversos castigos corporales aplicados a las cimarronas estaban los azotes, cien si ésta se fugaba por quince días y doscientos, si su ausencia se extendía por más tiempo. Estos azotes se aplicaban de la siguiente manera: en la mañana el negro o negra era trasladado a la picota de la ciudad y amarrado, luego se le ataba un pedestal de

cascabeles al cuerpo y de esta manera se le daban cien azotes. Después era obligado a quedarse en sitio durante todo el día sin recibir ayuda de los demás (56). Por otra parte, las cimarronas capturadas eran enviadas a la cárcel de la Caridad de Caracas, donde se las castigaba en el cepo y se las sometían a los terribles maltratos que practicaban los religiosos en el Potro de la Tortura (63). Muchas de ellas eran abandonada en celdas por tiempo indefinido, donde vivían semidesnudas y enfermas sin por ello recibir tratamiento médico alguno, como fue el caso de la negra María de la Concepción, mujer del cimarrón Guacamaya (67).

En la novela de Ana Teresa Torres, tanto la esclava Daría como el negro Ceferino se lanzan al monte para escapar ya sea de una muerte segura o de una vida de torturas. La joven Daría escapa con la hija de su ama Isabel, huyendo de los hombres de José Tomás Boves<sup>iv</sup> quienes movidos por ansias de libertad, juran venganza contra todos los hacendados blancos opuestos al gobierno de España. La huida de Daría es alentada por la voz del cimarrón Ceferino quien la obliga a pensar y a tomar la primera decisión de su vida y cito:

“Daría en veinte años no ha tomado una decisión, en veinte años no ha dicho nunca: yo quiero, yo deseo, yo propongo. En veinte años nadie le ha dicho nunca: qué quieres, qué propones, adónde vas. Sus manos han trabajado, su cuerpo se ha inclinado, sus labios han contestado respetuosamente las preguntas que otros ha pensado, sus pies han marchado desnudos sobre la tierra y han atravesado silenciosos los patios y corredores[...] Pero nunca antes ha tomado una decisión”(Torres, 66).

Darí abandona a su ama Isabel para salvar su vida y la de su “hija postiza” y por esa razón, decide adentrarse en el monte por donde seguirá el camino que la llevara hasta Curiepe, ese lugar de casas de barro y palma donde están “los negros que la vieron

nacer”, es ahí en ese lugar que “los negros la recogerán y la cuidarán, la tenderán en un cuero y le cubrirán el cuerpo con hojas de cambur hasta que se curen las heridas” (67).

Al tomar esta decisión, la negra Daría pierde por primera vez, el miedo que le han inculcado los amos durante años de sometimiento y al rehacer su vida con la ayuda de su hermana, la esclava Juana Solórzano, esposa del mayordomo de la hacienda la Trinidad, ella logra recobrar parte de su identidad y un espacio donde fundar su propia familia. Por otra parte, el apoyo que recibe la negra Daría por parte de los demás negros, refleja el grado de solidaridad que exhibían los mayordomos de las haciendas cacaoteras quienes a menudo protegían a los cimarrones aprovechando las ausencias prolongadas de los señores hacendados. (Blanco, 55).

En marzo de 1854, se firma la ley Monagas<sup>v</sup> con lo cual se pone fin a la esclavitud y se decreta la emancipación de los negros esclavos que trabajan en las plantaciones y en las haciendas cacaoteras. Sin embargo, esta emancipación no libera del todo al negro esclavo, sino que lo proletariza, forzándolo a trabajar en el conuco para su manutención, a la vez que lo obliga a continuar trabajando para el hacendado como mano de obra asalariada, con lo cual se perpetúa su condición de servidumbre.

En su artículo titulado “The Colonial Slave Plantation as a Form of Hacienda: A Preliminary Outline of the Case of Venezuela”, Rafael Herrero nos informa que con la emancipación, el hacendado logró aumentar la extensión de territorio cultivado debido a que a los morenos libres se les asignaban lotes de tierra a los márgenes de la hacienda, llamados arboledillas o haciendillas, los cuales el propietario podía anexar siempre y cuando estuvieran bajo cultivo. Y añade:

“Having completed the cycle which brought this annexed territory into production, the slave was free and in theory held title to part of the haciendilla,



generally half of it. In theory, that is, for obviously in real life the land as a whole passed into the hands of the landowner in the majority of the cases while the peasant-slave, though technically free, continued to be dependent”(26).

En otras palabras, con la abolición de la esclavitud “cayeron las cadenas y los grillos, pero se forjaron nuevas ataduras ideológicas para mantener de manera menos visible el discrimen racial y el sojuzgamiento económico, social y cultural del negro y de todos quienes fueron sometidos por el orden colonial (León, 1).

En esta larga e infructuosa lucha por recuperar lo que Doña Inés considera es su legítimo patrimonio familiar, la mantwana Villegas, nos transporta hacia el pasado violento y cruento de la historia colonial de Venezuela. Una historia señalada en parte, por las injusticias y abusos del sistema esclavista de la cacaocracia y en otra, por las rebeliones y luchas perpetradas por los negros esclavos en contra de sus amos criollos. Una historia sumida en divisiones de clase, prejuicios sociales y odios de raza que terminan por empañar los ideales libertarios de las luchas independentistas.

Con esta última negociación ilícita transada entre el concejal barloventeño, José Tomás, los inversionistas de la compañía de construcción y el ingeniero Villaverde, concluyen los pleitos y litigios entablados por la familia Martínez de Villegas en relación a las tierras del valle de Curiepe en la zona que está “a dos leguas arriba del Cabo Codera, en la ensenada de Higuero” (Torres, 84). Una negociación que denuncia tanto los males de la llamada democracia venezolana, sumida en clientelismos, comisiones y negocios ilícitos, como los males de las prácticas corruptas de un sistema político que ha actuado y sigue actuando a espaldas de un pueblo en crisis.

---

Notas:

<sup>i</sup> Escritora venezolana. Licenciada en Psicología y egresada de la Universidad Católica Andrés Bello. Entre otras de sus novelas tenemos: El exilio del tiempo, Vagas desapariciones, Malena de cinco mundos, Los últimos espectadores del acorazado Potemkin y La favorita del señor.

<sup>ii</sup> Los valles de Curiepe están en el Municipio Barlovento del Estado Miranda. Valles situados entre las montañas tropicales de la Cordillera Central, que atraviesa el país de oeste a este, y el mar Caribe. Tierra de pescadores y de cultivadores de cacao y café, principalmente. Esta tierra de gran riqueza agrícola fue poblada durante la época colonial por esclavos traídos de África.

<sup>iii</sup> Monseñor, Cardenal por Mérida. Después y hasta 1988 secretario administrativo de Juan Pablo II y Director de la Emisora del Vaticano.

<sup>iv</sup> José Tomás Bóves (1782-1814), español, venido durante la segunda corriente colonizadora; Hacendado empujado hacia la lucha contra los independentistas encabezados por Bolívar. Fue famoso por sus acciones despiadadas en contra de los que luchaban contra los intereses coloniales.

<sup>v</sup> José Tadeo Monagas, Presidente de Venezuela (1784-1868).

---

## Bibliografía

- Blanco Sojo, Jesús. Miguel Guacamaya capitán de cimarrones. Caracas: Editorial APIGUM, 1991.
- Castillo Lara, Lucas Guillermo. Curiepe: Caracas: Orígenes históricos. Biblioteca de autores y temas mirandinos, 1981.
- Fraginals Moreno, Manuel. Ed. Africa en América. Mexico: Siglo Veintiuno Editores, 1977.
- García, Jesús Chucho. Africanas, Esclavas y Cimarronas. Caracas: Fundación Afroamérica, 1996.
- Contra el cepo: Barlovento tiempo de cimarrones. Caracas: Editorial Lucas y Trina, 1989.
- La Diáspora de los Kongos en las Américas y los Caribes. Caracas: Unesco-Conac, 1995.
- Herrero, Rafael. "The Colonial Slave Plantation as a Form of Hacienda: A Preliminary Outline of the Case of Venezuela." Glasgow: Institute of Latin American Studies, 1978.
- Lara, Marlene and Tenorio, Shirley. "Las cimarronas". Afroamericanos: Buscando raíces, afirmando identidad. Quito: Agencia Latinoamericana de información, 1995.
- León, Osvaldo. "Africa en América: Tambores y gritos de libertad." Afroamericanos: Buscando raíces, afirmando identidad. Quito: Agencia Latinoamericana de información, 1995.
- Santacruz, Nicomedes. "Afroamericanos: presencia y expansión." Afroamericanos: Buscando raíces, afirmando identidad. Caracas: Agencia Latinoamericana de información, 1995.
- Torres, Ana Teresa. Doña Inés contra el olvido. Caracas: Monte Avila Editores, 1992.